



INCIDIENDO

* Por Guillermo Moreno Ríos

Cuando el deporte escolar deja de educar

Durante muchos años, las justas deportivas escolares representaban algo más que una competencia. Eran momentos de convivencia entre familias y espacios donde los estudiantes aprendían disciplina, compañerismo y respeto. Los padres acudían a ver a sus hijos competir, las escuelas celebraban el esfuerzo más que el resultado, y el deporte era una extensión natural de la formación educativa.

El deporte era, en esencia, **escuela de vida**.

Sin embargo, en algunos entornos ese espíritu parece haberse ido transformando. Quien hoy asiste a ciertos torneos juveniles puede percibir un ambiente distinto: en las gradas ya no siempre predomina la convivencia familiar. A veces aparecen gritos, presiones y actitudes que poco tienen que ver con el espíritu formativo del deporte escolar. Padres que viven el partido como si fuera una final profesional, jóvenes que replican esa intensidad en la cancha y adultos que, quizás sin advertirlo, transmiten la idea de que ganar es lo único que importa. Así, lo que debería ser una fiesta deportiva termina, en ocasiones, pareciendo **un pequeño campo de batalla emocional**.

No se trata de un caso aislado ni de una escuela en particular. Es una transformación silenciosa que aparece cuando el deporte escolar se mezcla con prestigio institucional, rivalidades entre colegios y expectativas sociales que nunca debieron trasladarse al ámbito educativo.

Las medallas comienzan a ocupar vitrinas, los torneos se promocionan en redes sociales y las victorias



se convierten en símbolos de posicionamiento. En medio de todo eso están los jóvenes deportistas: adolescentes que aún están en desarrollo físico y emocional, pero que a veces enfrentan presiones similares a las de atletas profesionales.

Competir no es el problema. La competencia forma carácter. El problema aparece cuando **el resultado pesa más que el proceso**.

Hay además un aspecto que casi nunca se analiza con la seriedad necesaria: **el riesgo**. En el deporte juvenil, donde participan menores de edad, ese enfoque casi nunca se aplica con la misma rigurosidad. Si existen peligros —como sobrecargas físicas, presión excesiva o entrenadores sin preparación especializada— y además hay alta vulnerabilidad —porque se trata de niños, niñas y adolescentes en desarrollo—, entonces el riesgo aumenta inevitablemente si no existen controles adecuados.

Y cuando ese riesgo no se gestiona,

tarde o temprano aparecen los percances.

Aun así, muchos torneos escolares carecen de protocolos médicos previos, control de cargas físicas o lineamientos claros sobre la conducta de adultos en las gradas.

Hace apenas unos días, un hecho ocurrido en Hermosillo entre jóvenes deportistas volvió a encender conversaciones entre padres de familia. No es necesario reconstruir el episodio ni convertirlo en espectáculo. Pero su sola existencia debería bastar para detenernos a reflexionar.

Porque cuando algo así ocurre, inevitablemente surge una pregunta: **¿realmente estamos formando a nuestros hijos dentro del deporte escolar?**

Vale la pena preguntarse si el sistema deportivo y educativo, e incluso el legislativo, observan con suficiente atención lo que ocurre en algunos torneos juveniles de escuelas privadas: la intensidad competitiva, la supervisión de entrenadores,

los protocolos de protección para menores y las reglas que regulan estos espacios.

No se trata de buscar culpables, pero tampoco de ignorar señales que merecen atención. Cuando se trata de menores, la responsabilidad es compartida entre escuelas, entrenadores, familias, autoridades y sociedad.

Quizá más que crear nuevas estructuras, baste con recuperar el sentido original del deporte escolar: **formar personas**.

Las medallas pueden ser valiosas, pero nunca más importantes que la salud o la integridad de un estudiante. Una escuela no se mide por sus trofeos, sino por los seres humanos que forma o al menos eso se espera.

Tal vez ha llegado el momento de revisar prácticas y fortalecer la cultura deportiva que queremos para nuestros hijos: no para limitar el deporte, sino para proteger su verdadero sentido.

Porque si no corregimos ciertas actitudes en casa, en la escuela y en el deporte, tampoco debería sorprendernos lo que después ocurre en las calles.

La violencia rara vez aparece de la nada.

Muchas veces comienza mucho antes... y crece en silencio mientras todos vemos el problema, pero nadie decide detenerlo.

* **Ingeniero civil, académico, editor, especialista en protección civil, riesgos, seguros y derechos humanos. Promotor de la Salud Masculina, del Cubo de Resiliencia y del Bambú. guillermo.moreno@consejoincide.org**